

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE •• BARCELONA, marzo de 1895 •• NÚMERO 25

— Con el presente número se entregará el cuaderno 25 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



ENTRE EL AGUA Y EL FUEGO:

Estaba yo diciendo á mi amigo que aquella especie de vapor producido por la humedad del algodón podría convertirse en fuego, cuando subió el capitán y me preguntó de qué se trataba

SUMARIO

Entre el fuego y el agua.—El cazador de caballos (*continuación*).—Los comunistas.—Pensamientos.

ENTRE EL FUEGO Y EL AGUA

El 24 de 1834 me embarqué á bordo del buque *Conde de Eldon*, de 600 toneladas, al mando del capitán Thraker, en Bombay, con objeto de volver á mi país natal. Este buque era el más sólido entre todos los mercantes, y se hubiera podido tener en él plena confianza respecto á sus condiciones para resistir la furia de los vientos y de las olas; pero nadie puede prever su suerte, ni aun por un día. Iba cargado de algodón; y como el número de pasajeros era reducido, el espacio libre entre las cubiertas se llenó de balas de aquella mercancía, oprimiéndolas de modo que debía ser más difícil extraerlas que introducirlas. Por desgracia, se había llevado el algodón á bordo húmedo, á causa de haber recibido la lluvia, y no se tuvo la precaución de secarlo antes. El número de individuos á bordo era de cuarenta y cinco, incluso tres señoras y un niño, el capitán y su tripulación.

El 26 de septiembre, después de una serie de fuertes vientos, calmas y lluvias, y avanzando con una brisa favorable, todos confiaban en llegar pronto al Cabo. En la mañana del 27 me levanté temprano, á eso de las cinco y media de la madrugada, y subí á cubierta, donde encontré ya á mis compañeros de viaje. Habíamos observado una especie de vapor que se elevaba, al parecer, de la escotilla de proa, y yo dije á mi amigo Hunt que, en mi concepto, aquello podía ser efecto de la humedad del algodón, y que, si no se ponía remedio cuanto antes, podía convertirse en fuego. El capitán subió á cubierta y preguntóme de qué se trataba. Despues dijo que aquello no era más que vapor y que se observaba con frecuencia en los buques cargados de algodón cuando se abrían las escotillas. Yo no contesté nada; pero como el vapor era de cada vez más denso y comenzaba á tomar un color distinto, parecióme que la cosa no iba bien y que también el capitán pensaba algo como yo, pues el carpintero abría agujeros en la cubierta sobre el sitio de donde el humo parecía proceder.

Yo bajé á vestirme, y á eso de las seis y media el capitán llamó á mi puerta, para decirme que parte del algodón estaba encendido, y que deseaba que todos los pasajeros subiesen á cubierta. En su consecuencia, nos reunimos todos, y entonces nos anunció que una parte del cargamento parecía haberse incendiado espontáneamente, por lo cual proponía remover todas las balas hasta que se encontrasen las que estaban encendidas, para arrojarlas al mar, así como aquellas que se hubieran deteriorado. Añadió que, siendo esto indispensable en su opinión, creía de su deber anunciarlo.

Como era natural, lo dejamos todo á su dirección, y, después de dar orden á los marineros para que almorzaran cuanto antes, dispuso que se ocuparan en seguida en buscar el origen del fuego. El capitán nos aseguró que, una vez hecho esto, no habría inmediato peligro, y que esperaba que, en todo caso, podríamos evitarlo. Sin embargo, á eso de las ocho el humo se hizo mucho más denso, comenzando á extenderse por todo el buque. Se retiraron algunas balas de algodón; pero entonces el calor llegó á ser intolerable abajo, saliendo el humo en espesas columnas sofocantes, y antes de las nueve vimos que parte de la cubierta se había incendiado; de modo que los marineros debieron suspender su faena.

El capitán mandó entonces cerrar las escotillas para impedir que el fuego saliese fuera, y que se bajaran los botes, poniendo en ellos todo lo más necesario para el caso de un apuro. Hízose así, y, á eso de la una media, las tres señoras, dos pasajeros enfermos y una criada pasaron á bordo de la pinaza, con agua suficiente, aguardiente y galleta para un mes, así como algunas latas de carne en conserva y en salazón.

Serían las dos, poco más ó menos, cuando se abrieron las escotillas, y entonces todas las manos comenzaron á trabajar para ver si se podía extinguir el fuego. Poco después, el calor y el humo salieron libremente, y fácil fué reconocer que el incendio estaba debajo de todo, por lo cual se dió orden de sacar todas las balas hasta que se encontrasen las que se habían inflamado; pero cuando se introdujeron los palos de gancho quemáronse muy pronto, y los hombres se quedaron con el mango en las manos.

Al fin, el calor y el humo llegaron á ser tales, que los marineros no podían estar cerca de las balas, y el agua que se arrojó no produjo más efecto que aumentar el mal. Si se hubiera apelado á las bombas para echar el agua en el buque á fin de extinguir el fuego, las balas se habrían dilatado hasta el punto de estallar sobre cubierta, aumentándose también un peso tan considerablemente, que nos habríamos ido á pique, siendo así segura la destrucción del buque. Bajo estas circunstancias, viendo que el caso era desesperado, el capitán nos llamó á la popa y preguntónos si alguno hallaba medio de extinguir la conflagración y salvar el buque, porque en tal caso permaneceríamos en él hasta que se perdiese la última esperanza. Se convino unánimemente en que se había hecho todo cuanto era posible, y que los hombres no habían perdonado ningún esfuerzo para remediar el mal, reconociéndose también que no quedaba esperanza de salvar el buque. El calor aumentaba tanto, que era ya peligroso dejar la popa; y, en su consecuencia, el capitán invitó á los pasajeros á trasladarse á los botes; despues embarcó su gente, y á eso de las tres él mismo abandonó el buque, en el momento en que las llamas saltan á través del alcázar de popa.

Cuando estuvimos á cosa de una milla del

lugar del siniestro, el buque era una hoguera, y sus mástiles comenzaban á caer; de modo que entre las ocho y las nueve ya no quedaba ni uno. De repente, vimos como una llama más brillante, seguida de una explosión sorda, occasionada por la pólvora. Durante algunos segundos, las maderas y fragmentos encendidos volaron por el aire, y después todo fué oscuridad: las aguas habían cubierto el *Conde de Eldon*.

¡Triste era la perspectiva que teníamos ante nosotros! En la pinaza iban el capitán y veinticinco personas, incluso un niño de cuatro meses, siendo las dimensiones de la embarcación de 25 pies de longitud por 7 y medio de anchura. Cada uno de los botes contenía diez individuos y algunos sacos de galleta; pero los principales víveres hallábanse en la pinaza. Según cálculo aproximado, estábamos á 1,000 millas de Rodrigo y 450 de Diego García, la mayor de las islas Chagos; mas para llegar allí debíamos pasar por las latitudes que se habían dejado, y era preciso sufrir los vientos variables y los temporales ó calmas, los cuales no estábamos preparados á resistir. Como nuestros víveres eran suficientes, resolvíose enderezar el rumbo hacia Rodrigo; y á eso de las once, después de encomendarnos á la Providencia, se comenzó á bogar ansiosamente. En la pinaza llevábamos un farol pendiente del mástil, para impedir que los botes nos perdiessen de vista durante la noche; y cuando amaneció enviáseles en todas direcciones para ver si divisaban algún buque. Mientras el viento fué ligero, avanzaron más que nosotros; pero cuando comenzó á ser fuerte sucedió lo contrario, porque el peso y las dimensiones de la pinaza permitían desalojar mejor el agua.

Llegado el tercer día de nuestra navegación, y próximo el cambio de luna, el tiempo comenzó á presentar un aspecto amenazador. Durante la noche sopló viento fresco y llovió; estábamos sin cubierta alguna, y las olas, llenándonos de agua, inutilizaron una gran parte de nuestra galleta, aunque, por fortuna, no lo echamos de ver hasta que ya nos faltó poco para no necesitarla.

En el cuarto día el tiempo empeoró, y uno de nuestros botes pequeños, en el que iba el segundo marinero con otros nueve, se rajó por el embate de las olas. El carpintero hizo las reparaciones posibles, pero con pocas esperanzas de remediar el mal: cuatro hombres debieron ocuparse constantemente en desocupar el agua que se introducía en la embarcación. Hacia la caída de la tarde, el viento comenzó á soplar con fuerza; el mar estaba terriblemente borrascoso, y, no creyendo que el buque averiado estuviera seguro, recogimos su tripulación y se abandonó. Ya éramos treinta y seis personas en la pinaza, que se hundía demasiado en el agua.

Jamás olvidaré aquella noche; pero no me sería posible describir mis impresiones. La situación era espantosa; de un momento á otro podría llegar una ola y arrastrarnos, sin dejar una sola persona para dar cuenta del tris-

te fin del buque. Empapados en agua, molidos y en el más miserio estado, pasó, en fin, la noche, amaneció el día, y, aunque el tiempo era muy malo aún, alimenté la esperanza que jamás me había abandonado del todo. Una ola tremenda venía mugiendo hacia nosotros, y durante un segundo quedé mudo de horror; pero se deshizo junto á nuestra popa, empapó en agua á las pobres mujeres y llevóse el sombrero del piloto.

El capitán gritó entonces con el tono más conveniente para infundir una confianza que él no sentía, según me confesó después:

—¡Eso no es nada, muchachos! ¡Bogad siempre! ¡Todo va bien!

No esperaba que sobrevivieramos á tan terrible noche; y, á pesar de su fatiga y cansancio, siempre estuvo en pie, y nunca reveló por una sola palabra una impresión que pudiera desanimarnos.

Llegó la mañana, y después del cambio de luna el tiempo comenzó á moderarse, gracias á lo cual mejoró comparativamente nuestra situación. Se nos repartían diariamente tres raciones de galleta, un poco de jamón, dos cuartillos de agua y un poco de aguardiente. Yo atribuyo á este método el buen estado de salud que se conservó entre nosotros. No nos faltaba tabaco, y cuando podíamos encender luz, fumábamos, con un gusto que, seguramente, no habíamos experimentado nunca antes. Las señoras estaban muy contristadas por su malestar, pues no podían moverse; pero nunca pronunciaron ni una sola palabra de queja.

A los trece días comenzamos á buscar la isla de Rodrigo; pero el capitán nos dijo que no debíamos confiar demasiado, porque no estaba seguro de su cronómetro después del maltrato que había sufrido. Llegó la noche, y entonces pude conciliar el sueño; pero á eso de las doce me despertó el grito de:

—¡Tierra á la derecha!

Miré en la dirección indicada, y á través de la niebla distingui una alta loma. El capitán dispuso que el bote se detuviera una hora; después nos dirigimos directamente hacia ella, y á las dos y media se divisó más marcadamente. Sin embargo, nos mantuvimos á la capa hasta que amaneció; y, aunque yo quise dormir un poco más, tan fuertes eran mis impresiones, que no pude conseguirlo; de modo que, al fin, me senté para fumar, poseído de una sensación del todo extraña para mí.

Con la primera luz del día, la isla de Rodrigo apareció claramente á la derecha, á unas seis millas de distancia, y á las seis desembarcamos todos sin percance alguno. Un pescador, que había salido á nuestro encuentro para enseñarnos el camino á través de los arrecifes, nos recibió en su vivienda, diónos alimento, y envió un recado á los notables de la isla, anunciándoles nuestra llegada. Dos de ellos llegaron inmediatamente, y después de haber oido nuestra historia nos dijeron que nos habíamos salvado como por milagro. Lo primero que hicieron fué dividirnos en dos grupos, los casados en uno y los solteros en otro. La tripula-



ENTRE EL FUEGO Y EL AGUA: De repente, vimos brillar una llama, seguida de una explosión

ción acampó; entregáronse nuestros efectos á los negros para guardarlos, y luego los isleños nos condujeron á sus casas, donde pusieron á nuestra disposición ropa limpia y abundante alimento, así como cuatro ó cinco camas, en las que pudimos disfrutar de una cosa que no

conocíamos desde hacia quince días, es decir, de un profundo sueño.

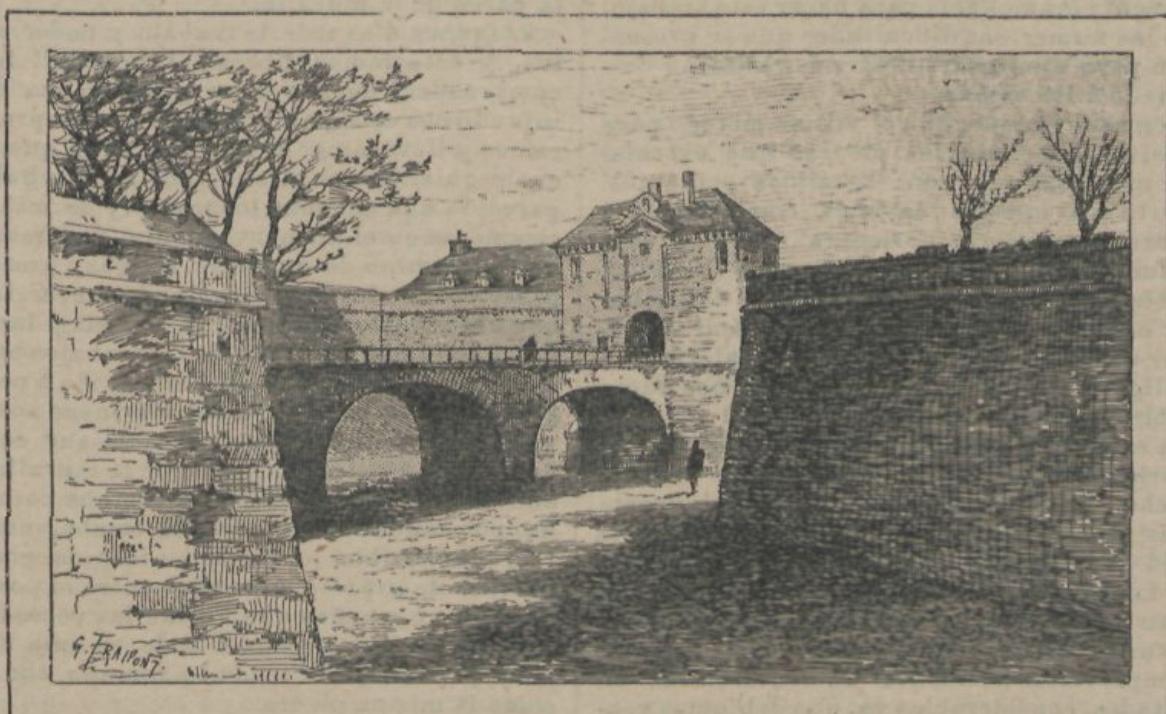
Yo creo que todos estaban persuadidos de que nos habíamos salvado milagrosamente. Mis impresiones fueron tan profundas al desembarcar, que no pude contener mis lágrimas.

En semejante peligro, de nada hubiera servido la habilidad del hombre: la mano del Todopoderoso fué únicamente la que nos libró de una muerte segura; y cuando pensamos en los hechos, recordando que estuvimos trece días, con sus noches, expuestos á la violencia de los vientos y de las olas en una frágil embarcación, inundados á menudo por el agua y nunca completamente secos, y que, á pesar de todo, habíamos desembarcado sanos y salvos, sin que nunca se resintiera nuestra salud, no podemos menos de reconocer que la mano de la Providencia fué la que nos guió.

ciudadela hay una vía, conocida con el nombre de Camino Redondo, que separa las casamatas del edificio donde se encierra á los prisioneros. El terreno ocupado por éstos está dividido en veinte dormitorios de diversas dimensiones, que contienen de siete á treinta individuos cada uno.

»Estos dormitorios reciben luz por ventanas que dan, por un lado, al Camino Redondo, y por el otro al patio interior, hallándose todas protegidas por fuertes barras de hierro.

»Habiendo observado que las tablas del pavimento no estaban bien unidas, nos ocurrió



LOS COMUNISTAS: Puerto Luis

LOS COMUNISTAS

«Éramos trescientos prisioneros políticos, y estábamos en la fortaleza de Puerto Luis, parte de la línea de fortificaciones mandada construir por Suly, para defender la costa francesa desde Brest á la Rochela. Durante la alta marea, esa fortaleza está completamente circundada por el mar, y comunícate con la tierra tan sólo por un puente. Al rededor de su circuito se corre una muralla en la cual sobresalen las casamatas, y la entrada está frente al puente, es decir, opuesta á la península en que se eleva la pequeña ciudad de Puerto Luis. A la izquierda se hallan las oficinas de las autoridades de la prisión y la residencia del gobernador, y á la derecha los cuarteles de la tropa. En el centro de la fortaleza hay barrancos que forman una especie de plaza con un patio interior, y aquí es donde se encierra á los prisioneros, prohibiéndose á los soldados en absoluto hablar con ellos: deben limitarse á montar la guardia en el terrado que se prolonga sobre las casamatas. Al rededor de la

la idea de sacar con las uñas los clavos que las sujetaban, y, hecho esto, descubrimos bajo nuestro dormitorio unas grandes excavaciones sin salida, practicadas, seguramente, para la ventilación. Levantando dos de las tablas, bajo mi cama, pudimos bajar á esta especie de cueva, y, después de hacer algunos agujeros en las paredes que separan los diversos compartimientos, llegamos á la pared maestra que toca con el Camino Redondo. Después de haber bajado á la cueva, volvimos á colocar las tablas, y no se levantaron hasta que fué necesario para que subieran los que estaban abajo.

»Los únicos útiles que teníamos reducíanse á unos grandes clavos ó escarpías, que, sin duda, usaron los soldados en otro tiempo, cuando tenían aquí su cuartel; pero con ellos trabajamos durante varios días, aunque lacerándonos los dedos. Después concebimos la idea de abrir una galería que se corriera desde la cueva hasta el mar: vimos que estábamos al nivel del Camino Redondo, pero éste servía para el tránsito de los carros cargados de pólvora

y para los vehículos que conducían víveres á la ciudadela; de modo que antes de excavar la galería era necesario abrir una cavidad vertical de unos trece pies de profundidad, á fin de que el peso de los carros que pasaban no hundiese el camino.

»Socavando con los clavos, aligeróse la tierra, y extrajimosla, cuidando de ocultarla bien; mas, para mayor precaución, apenas teníamos una servilleta llena del material, formábamos una cadena entre nosotros, y se pasaba de mano en mano, para depositarla después en los compartimientos subterráneos, donde se apisonaba para que ocupase el menor espacio posible. Solamente éramos seis para hacer este trabajo, pues las numerosas dificultades que se presentaban para conseguir nuestra fuga habían desanimado á los demás.

»Seguimos hasta el fin el mismo método para depositar la tierra y las piedras que extraímos una por una con increíbles esfuerzos. Abierta ya nuestra cavidad, comenzamos á perforar la galería horizontal, para lo cual nos fué preciso pasar bajo el Camino Redondo, que tiene veintidós ó veintitrés pies de anchura; y como la tierra es mucho más fácil de excavar que la piedra, abrimos una galería con una ligera pendiente, á fin de que nos fuera posible pasar por debajo de la pared maestra de la casamata que había frente á nuestro dormitorio. Gracias á esta pendiente, el trabajo marchó tan bien, que en espacio de cuarenta y seis pies, es decir, hasta que llegamos á la pared de la muralla, nos bastó socavar la tierra. La galería no permitía más que el paso de un hombre, y, por lo tanto, socavábamos por turno tendidos en el suelo.

»Imprevistos accidentes aumentaron las dificultades, considerables ya, que debíamos vencer. La parte del túnel que pasaba debajo del Camino Redondo, á pesar de la profunda cavidad que había bajo la superficie, y del cuidado que tuvimos para comunicarle la forma de arco, á fin de que resistiera mejor los pesos que pasaban por encima, amenazaba hundirse; copiosas lluvias habían reblandecido el suelo, y diariamente caían pesadas masas de tierra. Era necesario apuntalar aquella parte de túnel; pero ¿cómo hacerlo? Uno de los nuestros que había sido marinero, y hombre resuelto, como suelen serlo todos, concibió la idea de sostener la tierra, acumulando á los lados de la galería las piedras que habíamos sacado de las paredes. Hízose así, y, evitándose de este modo la caída, pudimos continuar nuestros trabajos.

»Después ocurrió un segundo accidente, mucho más grave, al parecer, que nos produjo la mayor inquietud, retardando la realización de nuestro proyecto. Cuando la galería hubo alcanzado la longitud de unos treinta y tres pies, no pudimos conseguir que nuestra luz se mantuviese encendida; creímos que este fenómeno se debía á la falta de aire, y hé aquí lo que hicimos para remediar el contratiempo: mientras que uno de nosotros socavaba de continuo, un compañero, situado á la entrada

del túnel, hacía aire con su chaqueta, á manera de abanico; pero al cabo de algunos días, cuando la galería tuvo una vara más de longitud, ya no fué necesario el ventilador, pues la luz ardía bien. Pensamos que, sin duda, habría en aquella parte de la tierra algún gas que apagaba la luz y que, una vez disperso, había cesado el fenómeno. Al fin, después de muchas dudas y temores, y de las innumerables dificultades con que diariamente tropezamos durante tres meses, dificultades que no se hubieran podido vencer sin la más persistente energía, y gracias á la increíble paciencia de que están dotados los prisioneros, llegamos á la pared de la muralla.

»Algunos días más de trabajo y padecimientos, y estaríamos libres. ¡Libres! El lector comprenderá cuánto valor y esperanza debía infundirnos esta palabra, para que emprendiéramos y lleváramos á cabo una obra que, bajo cualesquiera otras circunstancias, nos hubiera parecido una solemne locura. ¡Ay de mí! Precisamente en el momento en que creímos llegar al término de nuestras fatigas, presentáronse obstáculos más difíciles de vencer, tanto, que algunos de los nuestros parecían inclinados á renunciar al fruto de los trabajos hechos á costa de tantas fatigas. Todo se iba á perder; pero otra vez la energía del marinero nos salvó, reanimando las esperanzas de sus compañeros más débiles. La pared de la muralla que aún debíamos perforar, y que estaba construida, por supuesto, á prueba de bomba, nos pareció invencible, pues componíase de grandes bloques de granito enlazados entre sí por piedras más pequeñas que hacían las veces de cuñas, hallándose unido el todo en una sólida masa por medio de cemento romano, tan duro como la misma piedra.

»A pesar de ello, tratamos de trabajar con los clavos, nuestros únicos útiles, á los cuales habíamos puesto mango de madera, para aflojar las junturas de las piedras. Habíamos hecho una especie de mazo con unas tablas que se encontraron, creyendo facilitar con esto la operación; pero el único resultado fué despuntar nuestros útiles. ¿Qué podíamos hacer para sustituirlos? Nuestra primera idea fué tomar una barra de uno de nuestros catres, que eran de hierro, y así se hizo. La que se eligió tenía dos pies de longitud y era de una circunferencia como el dedo grueso de un hombre. Después de usar una de las extremidades para golpear la piedra, se pensó de qué modo podríamos utilizarla como palanca; pero el material era demasiado duro, y nuestra barra se doblaba como una caña. A pesar de todo, no estábamos dispuestos á renunciar en el último instante á un proyecto que nos había costado tantas fatigas.

»Al fin, nos ocurrió la luminosa idea de servirnos de uno de los barrotes de la ventana. Tenían cinco pies y medio de longitud por pulgada y media de grueso; y, á fin de que los guardianes no echaran de ver su falta, imitamos uno con un listón de madera, el cual se pintó con betún y tinta. Vigilamos al centinela de la muralla que estaba frente á la venta-

na, y, apenas volvía la espalda, arrojábamos poco á poco las piedras en que el barrote encajaba. Hecho esto, y aprovechando un momento feliz, arrancamos el barrote, sustituyéndole inmediatamente por el falso. Se tapó en seguida el agujero que había quedado, y después aquel barrote llegó á ser á nuestras manos un arma formidable, sin la cual habríamos perdido inevitablemente todo el fruto de nuestros trabajos.

»Como debíamos atacar la piedra, era imposible que lo hiciéramos echados, según se hacía cuando se trataba solamente de socavar la tierra, siendo de todo punto necesario la completa libertad en nuestros movimientos. En su consecuencia, antes de comenzar el trabajo fué indispensable ensanchar aquella parte de la galería, formando frente á la pared un espacio de bastante altura para que dos hombres pudieran trabajar de rodillas, y de suficiente ancho para usar la barra útilmente.

»Entonces fué cuando se comenzó á trabajar de veras en la pared. Lo que habíamos oido decir á los guardianes respecto al espesor de la muralla nos dió algún tiempo antes una falsa idea sobre la misma: creíamos que era de unos seis pies, y en la realidad tenía más de diez y seis; de modo que cuando después de grandes fatigas hubimos practicado en la piedra un agujero de dicha longitud, quedamos desconcertados al observar que nada indicaba el término de nuestros trabajos. No obstante, esto no nos desanimó. Muy por el contrario, redoblamos los esfuerzos, y nuestro asombro aumentaba á medida que el agujero se hacía más profundo. Seguimos adelante impertérritos; la excavación llegó á tener diez pies, después doce, luego catorce, y hasta que la profundidad llegó á diez y seis y medio no pudo el hombre que trabajaba, atravesando la piedra de un fuerte golpe, ver, al fin, la repentina entrada de la luz. Mirando por allí divisó el mar, é inmediatamente cerró la abertura y fué á darnos la feliz noticia.

»Entonces se celebró consejo, y acordóse intentar nuestra fuga aquella misma noche. Aquí debo hacer una digresión, á fin de dar al lector una explicación necesaria. ¿Cómo es, preguntará, que los oficiales no echaron de ver la destrucción de la madera que hubo de romperse para poner mango á los clavos, ni tampoco la sustitución de la barra en la ventana? A esta pregunta puedo dar una contestación muy sencilla. Los oficiales de la prisión intervenían con nosotros muy poco; los guardianes no visitaban las habitaciones sino por la mañana y por la noche, haciéndolo siempre á horas fijas, y apenas necesito añadir que estábamos siempre presentes cuando ellos llegaban. También tuvimos buen cuidado de no trabajar sino de día, pues en el silencio de la noche se hubieran oido, seguramente, los golpes sordos subterráneos. Los guardianes pasaban de un dormitorio á otro, y, después de ver que todos los prisioneros estaban en su sitio, retirábanse, sin cuidarse de lo que pudieran hacer. Por otra parte, como la detención se debía

esencialmente á causas políticas, no se nos imponían grandes trabajos, y, así en el patio como en los dormitorios, estábamos completamente libres. También podría preguntar el lector: ¿cómo os arreglasteis para guardar el secreto durante cuatro meses? A esto diré que no había secreto ni podía haberlo, pues era imposible que bajáramos al subterráneo y subiéramos sin que nos vieran los compañeros que estaban en nuestro dormitorio. Como todos estaban abiertos, pasaban libremente de uno á otro, y poco á poco llegaron á saber todos nuestra resolución. Los más trataron de disuadirnos, enumerando las dificultades que se ofrecían, y el proyecto les pareció de todo punto irrealizable. Creían que, habiendo durado tanto nuestra obra, los oficiales tendrían ya conocimiento de ella, y nos dejaban seguir, con la intención de apostar soldados para que nos hiciesen fuego cuando tratásemos de escapar. Dejando á nuestros compañeros hacer cuantas observaciones quisieron, solamente les pedimos como único favor que no descubrieran nuestro proyecto.

»No nos faltaba más que ensanchar el agujero practicado durante el día y salir después por la abertura. La muralla que habíamos perforado era la de la izquierda de la ciudadela, y, por lo tanto, daba frente al mar. Durante la marea baja, las aguas se retiran, dejando las rocas secas en el espacio de sesenta á setenta pies al rededor. En la noche de nuestra fuga se pasó lista por la tarde, según costumbre, y después nos encerraron en nuestros dormitorios. Casi inmediatamente dos de los nuestros bajaron para terminar el ensanchamiento del agujero, y en este trabajo emplearon dos horas, al cabo de cuyo tiempo volvieron para decir que era llegado el momento de la fuga.

»Antes de salir tuvimos la precaución de arreglar las sábanas y otras ropa debajo de la colcha, comunicándoles en lo posible la forma del cuerpo de un hombre, y poniendo sobre la almohada nuestros gorros de dormir llenos de trapos.

»El 14 de noviembre de 1871, á eso de las nueve de la noche, las aguas estaban bajas, y desnudas las rocas al pie de los muros. Habíamos tomado bien nuestras precauciones, y, gracias á la cavidad que abrimos á la entrada de la galería, el agujero de la muralla hallábase tan sólo á diez pies sobre las rocas. Uno tras otro nos internamos en la galería, y, pasando por el agujero y descolgándonos, bastó un ligero salto para llegar á la roca. Después, siguiendo todas las inclinaciones del muro, y manteniéndonos tan cerca de él como nos era posible, pudimos alcanzar, dando la vuelta, la parte de tierra de la fortaleza. De igual modo ganamos la playa, acercándonos tanto como era posible á la pequeña ciudad situada á unas mil varas de la fortaleza; y de esta suerte, después de trepar silenciosos entre las cabañas de los vigilantes de la costa, llegamos á tierra del todo firme frente á un pueblecillo llamado Loe Malo, precisamente cuando comenzaba á subir la marea. Nuestra intención había sido divi-

dirnos en dos grupos de tres hombres cada uno apenas nos hubiéramos alejado un poco de la fortaleza, pues sólo seis prisioneros se quisieron aventurar á escaparse; pero avanzamos juntos y sin descansar durante el resto de la noche, á fin de interponer la mayor distancia posible entre los que nos persiguieron y nosotros. Nuestro plan era ganar algún pequeño puerto de Bretaña y embarcarnos para Inglaterra, si era posible.

gar retirado nos cepillamos bien las ropa, aseándonos cuanto nos fué posible; de modo que, al presentarnos, al amanecer, en la estación, íbamos decentes y se nos hubiera podido tomar por simples viajeros. En el camino observamos tres gendarmes que corrían hacia nosotros carabina en mano; mas nosotros, fingiendo que no los habíamos visto, seguimos adelante, y cuando estuvieron cerca apartáronse cortésmente para dejarnos pasar.



LOS COMUNISTAS: El preso, mirando por el agujero practicado en la pared, divisó el mar

»Como cuando nos encerraron en la prisión se nos había registrado minuciosamente y no se nos dejó ningún dinero, mis compañeros no tenían un cuarto; pero yo había ocultado una reducida suma en el forro de mi levita, y este dinero nos fué muy útil, pues nos permitió tomar á la mañana siguiente el tren del camino de hierro, interponiendo así á las pocas horas una considerable distancia entre nosotros y la ciudadela. Después de caminar toda la noche, sufriendo una copiosa lluvia, si nos hubiéramos presentado en la estación del camino de hierro tal como estábamos, seguramente habríamos excitado sospechas; pero, gracias á nuestra precaución, cada cual sacó de la fortaleza camisas, cepillos y, en una palabra, todo lo necesario para arreglarnos un poco. En un lu-

»Poco después tomábamos el tren, que debía conducirnos á un pequeño puerto de Bretaña, y por la noche pudimos pasar á bordo de un buque inglés. ¡Nos habíamos salvado!»

»»»» PENSAMIENTOS ««««

—Las deudas son la piedra de toque de la delicadeza. El deudor que quiere pagar y no puede, sufre horriblemente. En cambio, otros muchos pueden y no quieren.

—El hombre de bien no necesita hacer alarmes para que se le crea: al revés de los tunantes que aspiran á pasar por honrados. Se conoce al primero por la sinceridad de sus acciones.

ADMINISTRACIÓN : RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: Plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA